

EL MIEDO, LA DESOLACIÓN, LO DISTINTO: EL ENEMIGO. FORMAS DEL *OTRO* EN TEXTOS DE PEDRO SARMIENTO DE GAMBOA Y EL INCA GARCILASO DE LA VEGA

*THE FEAR, THE DESOLATION, THE DIFFERENT: THE ENEMY.
WAYS OF THE OTHERNESS IN PEDRO SARMIENTO DE GAMBOA
AND INCA GARCILASO DE LA VEGA'S TEXTS.*

Clara Cameroni
Universidad de Buenos Aires
cameroniclara@gmail.com

∞ RESUMEN

∞ PALABRAS CLAVE

Alteridad
Crónicas coloniales
Sarmiento de Gamboa
Inca Garcilaso
Espacio americano

Este texto trabaja con dos formas distintas, entre las tantas que existen, de nombrar a aquel o aquello que es raro y desconocido para el sujeto que enuncia en, por un lado, La Florida del Inca Garcilaso de la Vega y, por el otro, en Viaje al Estrecho de Magallanes de Pedro Sarmiento de Gamboa. Hernando de Soto buscaba una civilización que le diera el honor y la gloria que lo igualaran a Pizarro y Cortés. Sarmiento de Gamboa deseaba la soberanía española sobre el Estrecho austral, paso disputado por toda Europa. El primero dejó la vida en esa búsqueda y el segundo volvió a España expulsado por la ferocidad de las aguas magallánicas. Sin embargo, en cada relato se deja asentado un espacio americano atravesado por las marcas del que lo escribe, con los pensamientos que lo guían, la sociedad que lo contiene y los miedos que lo acechan.

∞ ABSTRACT

∞ KEYWORDS

Otherness
Colonial chronicles
Sarmiento de Gamboa
Inca Garcilaso
American territory

This text works with two different ways, among the many that exist, to name which or what is rare and unknown to the subject of the enunciation in, on one hand, La Florida by Inca Garcilaso de la Vega and, on the other, in Viaje al Estrecho de Magallanes by Pedro Sarmiento de Gamboa. Hernando de Soto was looking for a civilization that would give him the honor and the glory that would equal him to Pizarro and Cortés. Sarmiento de Gamboa desired Spanish sovereignty over the Southern Strait, a disputed passage throughout Europe. The first one left his life in that search and the second one returned to Spain expelled by the ferocity of the Magellanic waters. However, in each story an American territory is defined from the marks of the writer, the thoughts that guide him, the society that contains him and the fears that haunt him.



Recibido: 01/08/2020

Aceptado: 06/10/2020

Penetramos más y más espesamente en el corazón de las tinieblas.
Allí había verdadera calma [...]. Estábamos incapacitados
de comprender todo lo que nos rodeaba; nos deslizábamos
como fantasmas, asombrados y con un pavor secreto.
Joseph Conrad, “El corazón de las tinieblas”

Lo que te da terror te define mejor,
no te asustés, no sirve, no te escapés, volvé
volvé, tocá, miralo dulcemente esta vez,
que hay tanto de él en vos, pero hay más de vos en él.
Gabo Ferro, “Lo que te da terror”

¿Qué formas puede tener un otro?, ¿en qué se puede convertir eso que no se conoce y que –entonces– da miedo?, ¿quién o qué es el otro, qué tiene de nosotros mismos, por qué causa miedo? Lo bárbaro, lo no conocido, ese miedo que toma forma en el otro, debe ser inferior, salvaje, animal. Difícil de controlar porque no se conoce, se lo intenta reducir, inmovilizar, y a veces, solo a veces, *saberlo*.

A partir de los textos *La Florida* del Inca Garcilaso y *Viaje al Estrecho de Magallanes* de Pedro Sarmiento de Gamboa se trabajará con dos formas diferentes de configuración del *otro* y la relación que se establece con él. Mediante la selección de escenas particulares de cada obra se identificará cómo aparece *ese* o *eso* que es distinto a cada sujeto de enunciación.

Para abordar la alteridad se considerará lo desarrollado por Rolena Adorno: en primer lugar, como alguien o algo familiar ya que no se trata de una situación que permanece oculta, sino que “el sujeto se reconoce a sí mismo reconociendo al otro” (1988: 66) y, al mismo tiempo, como la necesidad de fijar límites entre *uno* y *otro*; en segundo lugar, y en concordancia con esto último, la alteridad en tanto que diferencia jerárquica entre el “sujeto” y el “otro”, uno que somete y otro que es sometido (66). A su vez, en el presente análisis se tendrá en cuenta la conformación de ese otro a partir del *espacio*, como concepto que hace referencia no solo a lo geográfico sino también a lo social y cultural, y que actúa como factor que condiciona la configuración de lo alterno en cada obra.¹ Esto aparece representado de forma distinta en ambos relatos, pero es la clave que los define: la escritura está guiada, a medida que avanza cada expedición, por ese ida y vuelta entre un *otro* y un *yo* o un *nosotros*, desde donde se ubican los elementos que completan los textos. Teniendo en cuenta la condición de posibilidad de cada relato, se interrogará acerca de quién o qué se construye como lo exponencialmente alterno, distinto, *otro*.

¹ En relación a la alteridad, se puede pensar al continente americano como una *heterotopía* desde la visión del europeo. Concepto con el que trabaja Michel Foucault (1986), se trata de un espacio real en donde todos los otros espacios reales de la vida están simultáneamente representados, en disputa e invertidos. Es decir, América como el espacio en el que confluye lo imaginado, lo deseado, lo desconocido, lo representado según la forma de pensar del europeo, y cómo la identidad de cada hombre que llega al continente se ve amenazada en un principio y reafirmada después por esos espacios al mismo tiempo conocidos y desconocidos.

Es importante tener presente quién es el que está detrás de la pluma en cada texto ya que cada lugar de enunciación construirá un espacio americano específico. Esto será fundamental para nuestro análisis dado que es *solo ahí* en donde aparece el *otro* de cada relato.² Por un lado, escribe un mestizo peruano –hijo de español y de princesa inca– que, ya instalado en España, decide traer de la memoria la fallida expedición de Hernando de Soto a través de testigos que han participado de ese derrotero; por el otro, es el mismo expedicionario y capitán quien deja registrado su viaje poco tiempo después de finalizado a causa de una vuelta forzada. En este sentido, Martín Lienhard va a decir que:

[C]ada crónica tiende a ser funcional dentro del sistema que constituye la articulación entre la personalidad del autor, su texto (materias y exposición), los fines políticos, religiosos y culturales subyacentes, los destinatarios oficiales e implícitos y el modo de difusión coyuntural de lo literario. Dentro de este sistema, las crónicas no son ni exactas ni inexactas, sino significativas de un proyecto histórico-literario determinado. (1983: 106)

La intención de este trabajo es analizar aquello “significativo” que plantea cada crónica del corpus seleccionado, leído a partir de la construcción de la alteridad que se realiza en cada caso, poniéndolo en relación, necesariamente, con el sujeto de enunciación, en un ida y vuelta entre la identificación y la diferencia con el/lo alterno.

Que estos viajes no hayan logrado completarse exitosamente abre la posibilidad de aparición a otro tipo de discurso que se construye a partir de la falta y el vacío de aquello maravilloso no obtenido, un discurso que pone en funcionamiento otro engranaje en el que lo que cobra protagonismo es el valor y el esfuerzo de aquellos expedicionarios (Pastor 2008: 220). Al mismo tiempo que se reconstruye desde otro lugar de enunciación la imagen del adelantado, también se modifica todo aquello a lo que se ha tenido que enfrentar en ese trayecto.

“Ejércitos” de indios en La Florida

En el año 1605 se publica en Lisboa el texto del Inca Garcilaso de la Vega sobre la expedición que Hernando de Soto hizo a La Florida³ en 1539. Se trató de una expedición en la que de Soto invirtió el dinero obtenido de la conquista del Imperio incaico para que la tierra terminara por expulsar, en extrema pobreza y miseria, a un cuarto de la cantidad de hombres que habían iniciado el viaje.

Los soldados que se internaron en La Florida esperaban encontrar mayores riquezas y civilizaciones que las de México y Perú, anhelaban una oportunidad de encontrar oro para volver a

² Esperanza López Parada (2017) trabaja la diferencia entre génesis y genealogía, a partir de la cual, la primera se presenta como “un gesto inaugural, general y fundante”, que se desarrolla como una secuencia histórica y un proceso “biológico”; en tanto que la segunda, se trata de un proceso más individual en tanto que “construcción voluntaria, orientada a uno mismo” y en la que hay una proyección en “un modo simbólico, imaginado, incluso futuro [...] es a nosotros a quien en realidad construye y engendra” (196-7). Esto resulta interesante de tener en cuenta ya que los relatos seleccionados contienen, como se verá, la pregunta por la identidad, por parte de cada sujeto enunciativo, desde donde identifican una alteridad.

³ Zona geográfica ubicada al sur de Estados Unidos que abarca los actuales estados de Alabama, Arkansas, North Carolina, South Carolina, Florida, Georgia, Luisiana, Mississippi, Tennessee y Texas.

España con lo que los posicionaría mejor en sociedad. Por su parte, Hernando de Soto buscaba el honor y la gloria que lo igualaría a Pizarro y Cortés. No se encontró ni una cosa ni la otra.

Sin embargo, que la expedición haya sido un fracaso, que haya habido tantas pérdidas – incluso la del propio de Soto– y que se la haya querido ocultar por años, no fueron obstáculos para una voz mestiza⁴ como la del Inca, quien decidió reconstruir lo sucedido dejándolo por escrito.

Las fuentes

Garcilaso trabaja con dos fuentes escritas y una oral. Por un lado, el Inca tiene un amigo informante que, a través de distintos encuentros y charlas, reconstruye los hechos del viaje. Por el otro lado –y cuando ya estaba por publicar el libro– llegan a sus manos otros dos testimonios de soldados que estuvieron en la misma expedición; se trata de las experiencias de Juan Coles y Alonso de Carmona.⁵

Conversando mucho tiempo y en diversos lugares con un cavallero, grande amigo mío, que se balló en esta jornada, y oyéndole muchas y muy grandes hazañas que en ella hizieron assí españoles como indios, me pareció cosa indigna y de mucha lástima que obras tan heroicas que en el mundo han passado quedassen en perpetuo olvido. Por lo qual, viéndome obligado de ambas naciones, porque soy hijo de un español y de una india, importuné muchas vezes a aquel cavallero escriviésemos esta historia, sirviéndole yo de escriviente. [...] atendimos con cuidado y diligencia a escribir todo lo que en esta jornada suscedió desde el principio della hasta su fin, para honra y fama de la nación española, que tan grandes cosas a hecho en el nuevo mundo, y no menos de los indios que en la historia se mostraren y pareciesen dignos del mismo honor (1988: 98-9. Las cursivas son mías).

El hecho de que la historia de *La Florida* se base en una fuente que desde el origen no carga con la solidez de lo escrito, le permite al Inca la utilización de recursos que no están ligados estrictamente al discurso histórico.⁶ Ese intercambio oral de preguntas, respuestas y anotaciones es el puntapié para que el relato adopte un formato más cercano a lo literario que a lo histórico únicamente. Si bien no se trata de un documento escrito, ni puede transcribirlo textualmente – como sí lo hace con sus otras dos fuentes–, hay una responsabilidad de escritura en el Inca con su amigo Gonzalo Silvestre⁷ –su testigo de vista– y, por extensión, con el resto de los que estuvieron y fueron parte del viaje a La Florida. Asimismo, se puede pensar en un compromiso adicional que es

⁴ Escritores de crónicas mestizas, estas entendidas en el sentido en que las trabaja Lienhard: “Atribuimos carácter ‘mestizo’ a aquellas crónicas que, casi independientemente del origen étnico de sus autores (indígenas, mestizos, españoles), reelaboran materiales discursivos o reales de la historia americana a través de unos procedimientos narrativos (verbales y/o pictográficos) de tradición heterogénea: indígena y europea” (1983: 105).

⁵ Para conocer otras fuentes con las que el Inca escribe *La Florida* ver la “Introducción” de Carmen de Mora a la edición de Alianza Editorial de este libro (1988: 32).

⁶ No es casual la naturaleza oral de su primera y principal fuente ya que el mismo Inca, en su doble origen, proviene de una cultura predominantemente oral.

⁷ En el texto, el Inca no revela la identidad del testigo de vista con el que trabaja y de quien es escribiente. Sin embargo, Gonzalo Silvestre es quien aparece en la mayoría de las escenas del relato, es la figura que da fe de lo que ha pasado durante la expedición, y por eso puede pensarse como el testigo de vista principal del texto. Carmen de Mora (1988) y Raquel Chang-Rodríguez (2008) desarrollan esta teoría.

el del autor con su origen indio (“dignos del mismo honor”), trazando un vaivén entre su sangre española e indígena.

El otro

La escena que se analiza en este trabajo comienza en el capítulo XIX de la primera parte del Libro II de *La Florida* –momento en que se narra cómo Hernando de Soto y sus soldados llegan a la provincia de Ochile– y se extiende hasta el final de la primera parte del mismo Libro –cuando los españoles continúan su exploración y cruzan a la provincia de Ossachile–.

Cuando Hernando de Soto y sus soldados llegan a la provincia de Ochile encuentran que esta se divide en tres partes gobernadas por tres hermanos. En las dos primeras los españoles son recibidos en paz y amistad por parte de los indios, pero no tienen la misma suerte con la gobernada por el tercer hermano –Vitachuco, el mayor de los tres– quien se les declara enemigo. Desde ese momento y hasta el final de la selección, la narración girará en torno a la actitud del curaca con respecto a los españoles y el desenlace final producto del “apasionamiento” de Vitachuco.

“Prendieron treinta indios, entre chicos y grandes, a los cuales con alagos, dádivas y promesas –y por otra parte con grandes amenazas de cruel muerte, si no hacían el dever– les hizieron que los guiassen en demanda de otra provincia que está de la de Ocali diez y seis leguas” (1988: 197). A lo largo de todo el texto la actitud del gobernador de Soto oscila entre la bondad, el sentimiento paternalista que despierta en quienes van con él –incentivándolos a continuar y lograr la amistad con los habitantes de esas tierras– y una amenaza letal que logra camuflarse entre tantos regalos y buenas intenciones. El gobernador aparece como un ser honrado y respetable, pero con una violencia propia de un conquistador valiente, “digno de su nación”.

Una vez en Ochile, el curaca del lugar envía dos mensajeros a sus otros dos hermanos para que puedan recibir “como era debido” a los extranjeros:

[D]iziéndoles cómo aquellos españoles avían venido a sus tierras y que traían desseo y ánimo de tener a todos los indios por amigos y hermanos, y que ivan de passo a otras provincias y no hacían daño por do passavan, principalmente a los que les salían a recibir de paz, que se contentavan no más de con la comida necesaria, y que, *si no salían a servir*, les hacían estrago en los pueblos, quemaban en lugar de leña la madera de las casas por no ir por ella al monte, derramaban con desperdicio los bestimentos que hallavan, tomando a discreción más de lo que avían menester, y hacían otras cosas como en tierra de enemigos. Lo cual todo se escusava con admitirles la paz que ellos ofrecían y con mostrárseles amigos siquiera por su propio interés. (199, las cursivas son mías)

La violencia por parte de los indios es explícita –y hasta tal vez más cruenta–, pero, si bien el español aspira inicialmente a trabar amistad con el indio, en ella encubre la ferocidad que se expresará si no obtiene lo que busca. Los movimientos de los españoles por el espacio americano no son claros ni transparentes, ellos no se valen de argumentos sólidos que justifiquen sus “hazañas”.

El antagonista a Hernando de Soto será Vitachuco, quien desde un principio reconoce en los españoles a sus enemigos. En varias ocasiones intenta convencer a sus hermanos –curacas de las otras dos partes de Ochile– de la amenaza que representan los hombres de de Soto en sus tierras:

“Bien parece que sois moços y que os falta juicio y experiencia para dezir lo que açerca de esos españoles dezís. [...] ¿No miráis que esos christianos no pueden ser mejores que los passados, que tantas crueldades hizieron en esta tierra, pues son de una mesma nación y ley? ¿No advertís en sus traiciones y alevosías? Si vosotros fuérades hombres de buen juicio, viérades que su misma vida y obras muestran ser hijos del diablo y no del Sol y la Luna, nuestros dioses, pues andan de tierra en tierra matando, robando y saqueando cuanto hallan, tomando mugeres y hijas ajenas, sin traer de las suyas. Y para poblar y hazer asiento no se contentan de tierra alguna de cuantas veen y huellan, porque tienen por deleite andar vagamundos, manteniéndose del trabajo y sudor ageno. Si, como dezís, fueran virtuosos, no salieran de sus tierras, que en ellas pudieran usar de su virtud sembrando, plantando y criando para sustentar la vida sin perjuicio ageno e infamia propia, pues andan hechos salteadores, adúlteros, homicidas, sin vergüença de los hombres ni temor de algún dios. Dezidles que no entren en mi tierra, que yo les prometo, por valientes que sean, si ponen los pies en ella, que no han de salir, porque los he de consumir y acabar todos, y los medios an de morir assados, y los medios, cozidos” (1988: 201-2).

Por lo general, la violencia declarada por parte de un curaca viene acompañada de un discurso previo en respuesta a los españoles y a sus intenciones. Se trata de discursos de una lucidez impactante que ponen en evidencia la violencia que encubren los invasores. En el caso de la cita, Vitachuco elige enfrentarlos de forma directa a adoptar una posición de sumisión como sus otros dos hermanos. Estos son los momentos en que el Inca mejor “describe” a los indios: a través de la bravosidad de sus curacas, la valentía en sus palabras, la determinación en sus acciones.

Ante la negación de sus hermanos, y guiado por el odio y el “apasionamiento” que despiertan en él los peninsulares, Vitachuco planifica una estrategia para expulsarlos: simula trabar amistad con el gobernador para, una vez en su territorio, traicionarlo y lograr su muerte:

[C]on saber que los españoles estavan ya dentro de su tierra y que podrían, si quisiessen, hazerle daño, le pareció a Vitachuco deponer el mal ánimo y odio que a los castellanos tenía, guardándolo para mejor tiempo y ocasión, la cual pensava hallar en el descuido y confianza que los españoles tuviesen en su fingida amistad, y que, entonçes debaxo della, con más facilidad y menos peligro que en guerra descubierta, podría matarlos todos (203).

Ahora es cuando se empieza a ver la transformación que se produce en Vitachuco, que lo irá a acercar aún más a la figura de de Soto y su intención de encubrir su objetivo real en La Florida. Por un lado, y si bien se mantiene en el deseo de “matarlos todos”, decide ya no enfrentar a los españoles *de frente*, sino “debaxo della”, es decir, elige la traición y el engaño del mismo modo en que ve el cacique la actitud del gobernador de la expedición. Por otro lado, el indio se deja llevar por aquel sentimiento de odio que le turba la mente y que no lo deja pensar con claridad, de la misma forma que le ocurrirá a de Soto más adelante.

En esta obra la relación entre el español y su otro se da a partir, principalmente, de la negociación y de la capacidad para hacer la paz, así como la guerra. Cuando no se llega a acuerdo alguno entonces se dan enfrentamientos y batallas. Se pone en juego la capacidad táctica de cada uno, la fuerza, la preparación física y aquellos “elementos” que jugarán a favor de uno u otro – como el caballo por ejemplo para el español o el arco y la flecha para el indio—. Sin embargo, en

este caso, tanto Vitachuco como Hernando de Soto, no le hacen honor a la valentía porque ambos actúan de forma encubierta, faltos de sinceridad.

Aunque los españoles resultarán victoriosos en casi todos los enfrentamientos –siguiendo el deseo de Garcilaso de “aumentar la Nación española”–, en el texto del Inca no solo estos serán hombres inteligentes, fuertes y astutos, sino que también los indios serán igualmente capaces, a fin de dar una batalla equitativa. En el texto de *La Florida* el otro es tan ágil y fuerte como el “nosotros” español, pero también puede actuar con tanto “apasionamiento” como ese mismo “nosotros”. Tal es la igualdad a la que se llega entre uno y otro en la escritura del Inca.

Adorno, al caracterizar la alteridad,⁸ hace hincapié en lo bárbaro: “La ferocidad salvaje y la cobardía se interpretan como dos manifestaciones del mismo fenómeno: la entrega al apetito en vez de la razón, a la violencia en vez de la paz, a la inhumanidad en vez de la mansedumbre” (1988: 59). En *La Florida* esto aparecerá tanto en el bando español como en el bando indígena, equiparando a unos y a otros. El tópico del carácter apasionado aparece representado en el curaca Vitachuco y sus decisiones en base a la traición que planifica. Ese apasionamiento hace que el indio pierda la razón, se deje llevar por el sentimiento de odio y venganza, y que no escuche a quienes no piensan como él. La “fingida amistad” (203), el apasionamiento que no lo deja pensar razonablemente (205), “Fantaseaba” con lo que pasaría después de matar todos los españoles (208), la hazaña que tenía “mal pensada y peor traçada” (207), todo ello, constituyen pistas que derivan en el intento de asesinato por parte de Vitachuco al gobernador y la inevitable muerte del curaca. Este caso de apasionamiento, que termina en tragedia, funciona como antecedente de lo que más adelante le va a pasar al mismo Hernando de Soto, lo que constituye un ejemplo por excelencia del recurso del Inca de igualar a españoles e indios en una justa batalla. Aunque no forme parte de la selección trabajada en el presente análisis, en el capítulo XXXIII comienza a producirse un cambio en la personalidad de de Soto que terminará siendo letal.⁹

En *La Florida* el recurso de la comparación permite a los lectores de la época tener una representación más certera de lo que se está narrando, qué sentimientos se están poniendo en juego y de las formas de ser de cada hombre. Por ejemplo, al inicio del capítulo XIX, el Inca compara la actitud de uno de los curacas con la de Atilio Régulo –general romano perteneciente a la “historia conocida” por los lectores que el mestizo imaginó–. La comparación es útil a la “imaginación de los hechos narrados” (1988: 386). En este sentido funciona el aspecto de asimilación del que escribe Todorov cuando caracteriza las distintas relaciones posibles con el otro. Se trata de un tipo de relación en la que se identifica o asimila al otro con un tercero: no se ve en ellos lo que son, sino lo que el que observa –europeo– quiere que sean (2011: 232-3).

⁸ La autora propone caracterizar lo alterno en base a la categoría de sujeto colonial, haciendo referencia tanto al conquistador como al conquistado. Esta categoría la toma, a su vez, de Homi Bhabha (1986).

⁹ “Este fue el primer principio y la causa principal de perderse este cavallero y todo su exército” (1988: 396). El valiente, honrado, padre benevolente y honesto gobernador será conducido por el desdén y el enojo que provocan las traiciones dentro del grupo de los españoles. “Todos estos desseos que el adelantado tenía de poblar la tierra, y la orden y las traças que para ello avía fabricado en su imaginación, los destruyó y anuló la discordia, como siempre suele arruinar y echar por tierra los exércitos, las repúblicas, reinos e imperios donde la dexaban entrar” (1988: 394). De Soto se pierde para siempre: “anduvo de allí adelante gastando el tiempo y la vida sin fructo alguno [...] desseando se le acabasse, hasta que falleció según veremos adelante” (1988: 396). En la primera parte del libro quinto el gobernador finalmente muere por la “grande ravia y dolor de corazón” provocada por el disgusto de saber que su propio ejército lo quería abandonar.

En el trabajo de búsqueda de los orígenes de una identidad latinoamericana contemporánea, Rocío Quispe-Agnoli también estudia este recurso de la comparación en distintos textos, a partir de la representación del indio desde el género épico a fin de que, luego de ser vencido por el europeo, el heroísmo de este último se viera realizado. Con todo, la autora hace hincapié en la dificultad de elección de este recurso en el siglo XVI europeo, lo cual lo adjudica al contexto sociopolítico del momento: “El peso de la censura, una sanción que implica el silenciamiento, la anulación de la voz amerindia, tiene como consecuencia en estos escritores la siguiente elección enunciativa: suprimir la voz del Otro, o enjuiciar negativamente la voz del Otro” (2003: s/d). Estos discursos son los que conforman un sujeto colonial construido a partir de un yo imperial y eurocéntrico, que será predominante en el canon de las letras hispanoamericanas. Sin embargo, en el texto del Inca, no solo se enjuicia negativamente a Vitachuco, sino que también al mismo Hernando de Soto ya que los diagnostica, aunque en distintas ocasiones, con los mismos síntomas de “apasionamiento” y pérdida del pensamiento racional.

Resulta interesante ver de qué forma el *otro* va cambiando de papel, se trate del punto de vista español o indio: en *La Florida* es significativo el lugar del caballo para la mirada de los indios.¹⁰ Es este el verdadero enemigo del indio, su *otro*. El español sabe que la verdadera amenaza es el animal –novedoso para el lugar– y no tanto las armas o los españoles mismos: “por sentir estos indios la ventaja que les hacían los españoles a caballo, procuraban y holgaban más de matar un caballo que cuatro chistianos y así, con todo cuidado y diligencia tiraban antes al caballo que al cavallero” (1988: 296).

Las primeras flechas del indio en batalla iban siempre a los caballos ya que a sus jinetes se los sabía inferiores –son numerosos los casos en los que un indio solo pelea contra varios españoles causándoles heridas más que significativas–. Un ejemplo de esto es la escena en la que, después de dar por terminada una batalla, ciertos españoles recorren el sitio donde tuvo lugar el enfrentamiento y quedan asombrados al examinar el cuerpo de uno de los caballos:

[S]ospechando uviessse sido herida de flecha, lo abrieron por la herida y, siguiendo la señal della por el largo del cuerpo, hallaron una flecha que, aviendo passado todo el muslo y las tripas y el asadura, estava metida en lo hueco del pecho, que para salir al pretal no le faltava por passar quatro dedos de carne. Los españoles quedaron admirados, pareciéndoles que una pelota de arcabuz no pudiera passar tanto (1988: 297).

En *La Florida* el *otro* para el español es el indio. Pero este *otro* tiene una particularidad: los indios son “casi” tan excelentes guerreros como los españoles, los indios constituyen un *otro semejante*. En este sentido, el discurso del fracaso se escribe y se justifica a partir de una guerra justa o, mejor, equitativa al describir a ambos, español e indio, como iguales en fuerza y en valor. La semejanza aparece al considerar al otro como enemigo “digno” con el cual es posible el enfrentamiento.

¹⁰ Un objeto propio del indio que puede ser comparable con lo que genera el caballo son las canoas. Aunque estas solo aparezcan de forma significativa hacia el final del *La Florida* –momento en que los españoles emprenden la retirada– son lo suficientemente veloces y admirables: verdaderas amenazas en la visión del español (1988: 536).

En la tierra de los del fuego

Recordaba cada minuto de aquella jornada. Era su primer día en la isla. Estaba decepcionado por este sitio que había buscado para enriquecerse tan rápida y silenciosamente como un chino y que de pronto hallaba tenebroso y oscuro e incapaz de retener a una persona decente.
Eduardo Belgrano Rawson, "Fuegia"

A fin de asegurar la soberanía española tanto en aguas del Atlántico como en las de Pacífico, Pedro Sarmiento de Gamboa viajó en dos ocasiones al Estrecho de Magallanes, en 1579 y en 1581, a raíz de la amenaza que supuso el hecho de que el inglés Francis Drake atravesara el Estrecho en diecisiete días en el año 1578 y asaltara el puerto de Lima:

Corría entonces febrero de 1579 y se cernía sobre las costas del virreinato un peligro extremo e inesperado. El 13 de ese mes y año apareció en pleno puerto del Callao la *Golden Hind*, nave a cuyo bordo venía el celebrado marino inglés sir Francis Drake.

A los ojos del virrey y de sus súbditos el hecho era inaudito. No solamente el navegante extranjero violaba la Bula papal que reservaba y delimitaba entre portugueses y españoles la posesión de todos los países que descubrieran en el Nuevo Mundo cuya ruta había abierto Colón; no sólo había cruzado el Estrecho de Magallanes, cuya exploración y cuyo tránsito se guardaban en reserva cuidadosamente, sino que, además, llegaba Drake en son de guerra y de saque, a pesar de que las relaciones entre Inglaterra y España se mantenían, aunque tensas, todavía pacíficas (Braun Menéndez 1950, I: 14-5).

En el primer viaje, Gamboa sale del puerto del Callao y logra atravesar el Estrecho desde el Pacífico, nombrando a su paso puertos, canales, bahías, cabos e islas. Cada milla que hace, cada maniobra de los barcos, cada desventura climática, cada nueva tierra a la vista queda asentada en un diario de viaje –recomendación e instrucción del virrey Toledo–. Ese documento será fundamental para los viajeros que irán en años posteriores (Braun Menéndez 1950, I).

Sin embargo, el éxito de ese primer viaje no es el mismo en el segundo. Ya desde la organización misma de la expedición Gamboa no queda como gobernador principal, sino que es Diego Flores el designado para ese cargo –hombre con el que tendrá grandes diferencias–. A su vez, el mismo Diego Flores –y más adelante su almirante Diego de la Rivera– volverá a Río de Janeiro abandonando la expedición y renunciando a exponerse al sacrificio que suponía entrar en el Estrecho de Magallanes. Así, Sarmiento de Gamboa quedará finalmente como el principal al mando. Cumpliendo con el objetivo de la expedición, y antes de ser expulsado por el mismo Estrecho, alcanza a fundar dos asentamientos para fortificar la región: Ciudad del Nombre de Jesús y Rey Don Felipe.

La escritura

A diferencia del Inca, Sarmiento de Gamboa es un testigo de vista de lo que escribe, él *estuvo ahí*.¹¹ Sin embargo, tal vez porque no escribe a medida que suceden los hechos –como en el primer viaje– sino que los debe recordar, tal vez por lo cercana que está la escritura a lo sucedido y por lo accidentado que fue el regreso no deseado, tal vez por la urgencia de hacerle llegar al rey una notificación, aviso y advertencia, tal vez para justificar el incumplimiento de la expedición en su totalidad, o por todas estas razones juntas, escribe un texto que “no responde a un catálogo utilizable” (Benítez 2008: 164).

“[A] la hora esta postrera plana escribo, que son diez y ocho del mes” (1950, II: 71), ya en Pernambuco, en septiembre de 1584, avisando a la corona sobre la fundación de dos ciudades y la necesidad de auxilio a la gente que quedó en el Estrecho. La condición de posibilidad de lo que escribe Sarmiento de Gamboa se basa en lo urgente y en la incomodidad del lugar, ya que se encontraba a una corta distancia de un puerto en el que no sabía si iba a poder entrar, después de haber sido expelido por el Estrecho. “Estoy surto tres leguas en la mar a la ventura, con tempestad y sin amarras, que aquí no las hay” (71), en Gamboa se lee por momentos el relato del viaje, el diario, la respuesta a la Instrucción del virrey, el aviso, la autojustificación, el pedido.

Mientras que en el relato de su primer viaje Sarmiento de Gamboa trabaja para desmitificar al Estrecho en su carácter inhóspito, imposible e inimaginable, esto se vuelve casi utópico en el diario del segundo viaje. Ya desde los primeros párrafos el gobernador detalla todos los intentos para entrar efectivamente en él debido a las dificultades que suponían los fuertes vientos y tormentas, lo que hace que el mito se acerque más a una situación real que a una ficción. A pesar de que a lo largo del recorrido Gamboa describe la fertilidad del lugar y la diversidad de especies, esto contrasta con la “mortal vida y jornada” (43) de los expedicionarios.

El yo, el nosotros, el otro

La escena que se analizará pertenece al segundo viaje de Sarmiento de Gamboa y abarca desde el momento en que –ya fundado el primer asentamiento– la expedición se divide en dos grupos y entra en el Estrecho de Magallanes hasta que, días después, logran encontrarse en el lugar fijado. El gobernador decide partir por tierra con un grupo de gente a fin de fundar una segunda fortificación y envía por mar la única nave que aún quedaba en pie.

En el texto, la figura de Gamboa se identifica de manera alternada mediante el uso del *yo* –diferenciándose de los españoles que están con él (un *ellos*)– y un *nosotros* inclusivo en el que él y su

¹¹ Aunque también se diferencia de su propia escritura, la de unos años antes, cuando hizo su primer viaje al Estrecho y tenía presente la Instrucción del virrey Toledo en la que se comprometía a dejar asentado todo aquello que viera: “Obedecer el mandato de escritura determina una mirada imperial que registra los componentes de la naturaleza, las características geográficas y las costumbres culturales de sus pobladores y que, de manera fundamental, sustenta el proyecto colonizador” (Benítez 2008: 153). La escritura por mandato tiene una finalidad de conquista, de apropiación del espacio: “La escritura da cuenta de una mirada que se detiene en los detalles del paisaje y también en el encuentro con ese otro que lo habita. Se construye un espacio no sólo físico sino también cultural” (2008: 158). En cambio, en el segundo viaje la escritura se torna más caótica, da cuenta del desamparo de la expedición con una sintaxis menos ordenada, ya que se limita a narrar lo sucedido y a describir poco.

gente son un todo. Por esto, la relación del *yo* y del *ellos* con el *otro* es distinta, lo que complejiza el binomio habitual de *yo-otro* en el que las entidades que define se mantienen constantes. Es decir, por momentos el texto posiciona al *yo* –sujeto enunciador– y al *ellos* –los que van con él– en escalones diferenciados y por momentos ambos son un *nosotros*, lo que condiciona a su vez la relación con lo *otro*. Esta dinámica se produce a partir de la construcción que Gamboa hace de sí mismo.

A lo largo del trayecto recorrido por la expedición se puede seguir el rastro de la evolución que se da en los integrantes a medida que avanzan sobre el terreno a colonizar. La forma en que Sarmiento de Gamboa describe esos cambios responde a un estilo propio de la narración con el objetivo de sostener el interés y la intriga en la lectura.

El 7 de marzo de 1584, cuando hubo que dividir a las personas y decidir quiénes se quedarían en la Ciudad del Nombre de Jesús y quiénes irían a continuar la exploración del lugar, “todos se ofrecieron a ir con el gobernador la tierra adentro [sic]” (1950, II: 36), la imagen de Sarmiento de Gamboa como gobernador y guía aún se mantenía firme a pesar de la hostilidad del lugar y las vicisitudes previas.

Sin embargo, a medida que avanzan, las condiciones naturales del espacio irán erosionando la confianza de la gente en Gamboa:

Y cuando llegábamos a hacer noche era bajamar. Allí, las más veces, se hallaba tanto marisco de esto, que toda la noche no hacían sino comer, con que se olvidaban de la falta de comida y hambre que teníamos, que ya se iba sintiendo mucho, mientras más más, y aumentábaseles con pensar que aquello no había de tener fin, y también con ir los más descalzos, porque como toda es gente pobrísima y el viaje duró tanto, si alguno tenía algo, lo vendió en las invernadas de los puertos del Brasil y lo gastó; y los zapatos de la munición se perdieron en la Arriola, y los alpargates que se les dieron en la Ciudad de Jesús, como eran ya podridos y mareados, duraríanles muy poco, que ya no llevaban sino los pies llagados e hinchados. Con todo esto, caminando y animándolos, los pasaba adelante (39).

A pesar de los pies llenos de callos y desollados, el hambre desesperante y la profunda necesidad de escapar o morir del frío que padecía todo el resto de los que estaban en el Estrecho, el *yo* que enuncia se muestra optimista y comprensivo ante los inconvenientes que van teniendo y guía el paso de sus acompañantes –ellos–. Esto responde a la construcción de una imagen paternalista que el gobernador elabora de sí mismo en el texto.

La situación de supervivencia se vuelve cada vez más insostenible, hasta que Gamboa reconoce que “el mayor trabajo era la desconfianza, que pensaban que Pedro Sarmiento no sabía atinar y que iba perdido y nunca sabría volver a dar en el Estrecho” (44).

El punto de mayor tensión, entre el *yo* y el *ellos*, se lee cuando Gamboa debe recurrir a la imagen de los expedicionarios reconocidos por los españoles –entre los que aparecen Cortés y Pizarro– que han viajado y hecho su experiencia en el Nuevo Mundo, a veces con éxito, a veces no, ubicando a sus soldados en la deshonra y vergüenza absoluta en caso de abandonar sus puestos y rendirse ante la muerte. En este momento del texto, y muy a pesar de las palabras de su gobernador, muchos deciden quedarse en donde se encontraban y simplemente esperar la muerte o, en el mejor de los casos, esperar a que los vuelvan a buscar: “Y el gobernador tomó las suyas y mochila, y cuando pensó que todos le siguieran, comenzaron unos a quejarse, otros a echarse en el herbaje y otros a decir que aquella noche se habían hinchado de unas agallas verdes de roble que

habían comido de hambre” (49). Para los soldados y civiles que estaban con Gamboa seguirlo significaba, no solo ser parte de la locura de su gobernador, sino también una muerte lenta debido al esfuerzo inhumano que tenían que hacer —entre el frío, el hambre y la hostilidad del lugar—.

Mientras el énfasis del discurso de Sarmiento de Gamboa hace un vaivén entre la angustia y la súplica al enfrentarse a la negativa de sus hombres de seguir adelante, el avistaje a lo lejos de la nave Castro resulta lo más épico del texto:

Y con obra de veinte hombres y el Padre comisario *se* puso en camino; y cuando *se* apartaba de los que se habían de quedar, mirando a la mar *vimos* asomar por una punta de un arrecife el batel del navío, que iban el capitán y el piloto a buscar paja para cubrir casas. Cuando se vido el batel ¿quién podrá creer el regocijo de todos, que lloraban de alegría? (49. Las cursivas son mías).

“La desilusión origina en los sujetos una fractura, en la cual entran en oposición la lucha por sobrevivir en un paraje inhóspito y la de concretar la misión que se les ha encomendado”, (Benítez 2008: 167). Esta fractura se subsana cuando la llegada de la nave disipa la desilusión y el texto retoma el *nosotros* inclusivo. La sensación de que la suerte de la expedición podía mejorar a partir del encuentro de los dos grupos es compartida por todos, lo que hace que el *yo* y el *ellos* se unan en ese *nosotros*.

María Jesús Benítez hace hincapié en el deber al rey: “Los expedicionarios harapientos representan la epopeya de un héroe que posee tal grado de sometimiento al Rey que desconoce la agonía de sus hombres” (159). Además de este sometimiento y ceguera, en el caso de Gamboa es también su obstinación y su ego lo que lo impulsa a continuar:

Pedro Sarmiento, como no había camino ni guía, siempre iba adelante, descubriendo y buscando paso; y acertado por la aguja de navegar, como quien navega por la mar, marcando la tierra, valles y sierras, ensenadas y canales, arrecifes y puntas, y acometiéndolo él primero, hacía vía para los demás, que así convenía, por no haber allí otro sino él que hubiese pasado semejantes trabajos en Indias. Y la gente iba flaca y aún desconfiada de hallar el navío, y aun de escapar ellos con la vida, puesto que el gobernador los alentaba, pero lo que naturaleza da, nadie lo puede negar: *era la más gente pobre, y habitada a ociosidad, y no a cosas de gravedad*. Pero, en fin, como españoles, se animaban, que la raza de la tierra de cuando en cuando respondían a ella, y cada vez se harán en más y para más, que la virtud con la llaga resplandece (1950, II: 41. El subrayado es mío).

El hecho de no pertenecer a la categoría de “gente pobre y ociosa” lo habilita a Gamboa a dirigir la empresa y lo resguarda de posibles acusaciones en un futuro por haberse posicionado al mando de la expedición tras las deserciones de Diego Flores y Diego de la Rivera. Además de ser un hombre vehemente, es un hombre que *sabe*, que se ha instruido, y que incluso en situaciones límite logra mantenerse concentrado para tomar las precauciones necesarias y resolver los problemas lo mejor posible.

En Sarmiento de Gamboa había materia para más de una personalidad. La experiencia marítima e ilustración general y su carácter fuerte y altivo eran aptitudes que lo predisponían para ser un explorador y un jefe; entretanto, la imaginación alerta, el espíritu inquieto y una natural inclinación son los factores que lo perfilaban como un futuro escritor (Braun Menéndez, I, 1950: X).

Beatriz Pastor, en relación a la Carta de Jamaica de Cristóbal Colón, va a decir: “encontramos una serie de elementos que anuncian la problemática del desengaño” (2008: 220), que serán los que articulan el discurso narrativo del fracaso. El primer elemento es la naturaleza, caracterizada como “suma de fuerzas violentas, incontrolables, hostiles y destructoras” y, en este punto, lo más significativo es que “el referente europeo y el modelo ideal quedan cancelados por esta naturaleza violenta, *distinta* [...] de todo lo conocido” (221). En el texto de Gamboa, la naturaleza es lo que se transforma en enemigo por su extrema hostilidad para los españoles. Además, se la puede pensar en función del discurso narrativo como lo que debe cargar con la responsabilidad del fracaso en la expedición y fortificación del nuevo territorio. Es decir, la naturaleza como el *otro* de su relato, considerada como espacio imposible para los españoles.

Esta naturaleza en tanto *otro* se manifiesta de tres formas que se yuxtaponen a lo largo del relato: el clima, el terreno y los indios –estos últimos como parte de la naturaleza misma–.¹² Este *otro* constituye una amenaza de muerte para los expedicionarios, aunque no sea tan así para el sujeto que enuncia –quien se mantiene estoico en su lugar de gobernador principal del viaje–.

Marcado por la desolación de un paisaje tan inhóspito, la alteridad en el texto de Sarmiento de Gamboa va a cambiar de eje con respecto a la obra del Inca: ahora va a estar representada por la naturaleza a la que se adentran y no por sus habitantes. Mientras que en *La Florida* el lugar es algo maravilloso casi imposible de describir, una tierra por demás fértil y una oportunidad única de poblarla, el Estrecho de Magallanes será el mismísimo infierno.

De vuelta al espacio conocido, de vuelta en Europa

Pedro Sarmiento de Gamboa –casi desde la inmediatez de los hechos vividos– y el Inca Garcilaso de la Vega –unos años después y sin haber estado presente en la expedición– ambos se ubican en el lugar del que escribe: para un reconocimiento de la corona y un pedido de auxilio, el primero; y para un rescate del olvido, el segundo. Narran, a su modo, sobre espacios de los que se tenía escasa información. A su vez, cada uno se diferencia en el reconocimiento de aquello *otro*: los indios para el Inca, la naturaleza para Gamboa.

En un primer momento es el Nuevo Mundo el que guardaría el misterio a partir de lo desconocido, sin embargo, el viajero es quien termina por configurar al otro a partir de ese misterio porque se identifica en él en la medida en que lo puede escribir. Son los diversos espacios del continente americano los que van condicionando a los europeos que viajan para su conquista y colonización, aunque estos últimos son los que pautan la escritura en cada viaje. A partir del

¹² En este texto de Gamboa, los indios no van a tener protagonismo, en el Estrecho de Magallanes no serán figuras definidas y exclusivas de lo desconocido, sino que serán parte de ese todo inhóspito que no se podrá definir y que, además, amenaza con la muerte continuamente. Lejos de parecerseles, como pasa en *La Florida*, los españoles no los identifican como algo *distinto* del espacio.

espacio representado en cada relato, se decide *quién* o *qué* es el enemigo en función del sujeto enunciador. Por eso, en un segundo momento, el europeo es el que condiciona al espacio en el acto mismo de reconocerlo, representarlo, escribirlo, y, con ello, condiciona también al enemigo. El indio o la naturaleza es lo que, para cada enunciador, se presentó como el límite con lo alterno.

Lo complejo se presenta cuando se indaga en los dos casos por separado. El indio como el otro en el relato de *La Florida* del Inca Garcilaso, en el que la historia gira en torno al derrotero de un expedicionario español. Sin embargo, es un otro que, más que temerle, se lo reconoce por todas aquellas características que lo puede acercar al prototipo del soldado español. En el diario de Sarmiento de Gamboa, por su parte, el otro es la misma naturaleza. Se trata de un texto que tiene como ejes contrapuestos la necesidad de fortificación (respondiendo al pedido del Rey y a la obstinación del enunciador), por un lado, y a la violencia natural, por el otro. En este caso no hay reconocimiento, aunque sí un miedo y un intento de escritura porque hay un modelo ideal europeo cancelado por la hostilidad geográfica y climática del lugar.

Es así como se forma un engranaje tal que funcionará únicamente y a partir de una relación dicotómica fundamental a tener en cuenta: espacio–sujeto enunciador. Se trata de un espacio alejado de las categorías conceptuales de aquello *conocido* por el que enuncia y se trata a su vez –y por el contrario– de seguir las indicaciones de registro y escritura, condición fundamental para la aceptación por parte de sus lectores españoles en el caso del Inca y de conquista en el caso de Gamboa. En el espacio se encontrará el material en bruto de lo que después quedará escrito en papeles del Viejo Mundo. Que exista un documento escrito de tal o cual espacio significa que ya se avanzó en su colonización y apropiación, más allá del vacío inicial que caracteriza a los relatos de expediciones fracasadas.

[H]ay que tener en cuenta que para el europeo que “produce” ese espacio, que vive sus consignas y prohibiciones, que acata sus prescripciones o las transgrede, no hay sentido fuera del parámetro colonial metropolitano. El espacio adquiere tal sentido si es reproducible, lo posee en la puesta en discurso del recorrido practicado e impuesto. El lenguaje ocupa, por lo tanto, un lugar que no es suplementario a la acción efectiva llevada a cabo sobre las tierras a conquistar, sino parte integral de la misma (El Jaber 2011: 17-8).

El espacio es lo que presenta al *otro* y el sujeto enunciador lo que lo configura. Todo aquello que era el espacio americano en lo geográfico, social, cultural e ideológico pasó por las textualidades europeas –también geográfica, social, cultural e ideológicamente condicionadas–.

CLARA CAMERONI es licenciada y profesora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como docente, tanto en nivel secundario como superior. En sus investigaciones se especializa en crónicas mestizas y coloniales y en las culturas de los grupos étnicos americanos. Estos trabajos los aborda con una mirada interdisciplinaria porque cree en el aporte de cada disciplina y en el trabajo que pueden alcanzar en conjunto.

Bibliografía

- ADORNO, Rolena. 1988. “El sujeto colonial y la construcción cultural de alteridad”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Lima: Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar. Año 14, N° 28, 55-68.
- BENÍTES, María Jesús. 2008. “*Con la lanza y con la pluma*”. *La escritura de Pedro Sarmiento de Gamboa*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- BRAUN MENÉNDEZ, Armando. 1950. “Prólogo”. En Pedro Sarmiento de Gamboa *Viajes al Estrecho de Magallanes (1579-1584)*. Buenos Aires: Emecé, I, pp. VII-XLVII.
- CHANG-RODRÍGUEZ, Raquel. 2008. “*La Florida del Inca*: vínculos novohispanos y proyección americana”, en Carmen de Mora y Antonio Garrido Aranda (eds.) *Nuevas lecturas de La Florida del Inca*. Madrid: Iberoamericana, pp. 67-82.
- DE MORA, Carmen. 1988. “Introducción”. En Garcilaso de la Vega, *La Florida*. Madrid: Alianza Universidad, pp. 19-73.
- EL JABER, Loreley. 2011. *Un país malsano, la conquista del espacio en las crónicas del Río de la Plata (siglos XVI y XVII)*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- FOUCAULT, Michel. 1986. “Of other spaces: utopias and heterotopias”. *Diacritics* 16. N° 1. Baltimore: Johns Hopkins University Press, pp. 22-7. Trad.: Jay Miskowic.
- GARCILASO DE LA VEGA, Inca. 1988 [1605]. *La Florida*. Madrid: Alianza Universidad. Introducción y notas de Carmen de Mora.
- LIENHARD, Martín. 1893. “La crónica mestiza en México y el Perú hasta 1620: apuntes para su estudio histórico – literario”. En *Revista de crítica literaria latinoamericana*, 9:17, pp. 105-15.
- LÓPEZ PARADA, Esperanza. 2017. “La genealogía como dispositivo de identidad: un príncipe melancólico en la línea sucesoria”. En Cabanillas Cárdenas (ed.), *Sujetos coloniales: escritura, identidad y negociación en Hispanoamérica (siglos XVI-XVIII)*. Nueva York: IDEA/IGAS, pp 195-214. <https://dadun.unav.edu/bitstream/10171/43508/1/Batihoja36_Lopez_Parada.pdf>. [Consulta: 1 de agosto de 2020]
- PASTOR, Beatriz. 2008. *El segundo descubrimiento. La conquista de América narrada por sus coetáneos (1492-1589)*. Barcelona: Edhasa.
- QUISPE AGNOLI, Rocío. 2003. “Orígenes coloniales del sujeto latinoamericano contemporáneo. Identidad, fragmentación y sincretismo”. *CiberLetras*, 10. <<http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v10/quispe.htm>> [Consulta: 1 de agosto de 2020].
- SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro. 1950 [1584]. *Viajes al Estrecho de Magallanes (1579-1584)*. Buenos Aires: Emecé. Edición y notas de Ángel Rosenblat. Introducción a cargo de Armando Braun Menéndez. Dos tomos.
- TODOROV, Tzvetan. 2007. *La conquista de América: el problema del otro*. México D. F.: Siglo XXI.